

Una papa es una papa



Ernesto Restrepo Morillo. *Ambulante*. Instalación interactiva y acción. Exposición en Flora Ars Natura. Bogotá. 2014

1

Ernesto Restrepo Morillo, Erni, recientemente conocido en la capital colombiana como El Papas, es un artista visual, además de diseñador industrial, que nos acompaña con su obra en esta edición de la *Agenda Cultural Alma Mater* dedicada a uno de los ritos necesarios, universales, dinamizadores de todas las culturas e inevitablemente perennes: comer.

Durante la conmemoración de las cinco centurias del encuentro entre culturas del que somos resultado, protagonizado por los españoles y

los habitantes Zuania, Abya-Yala, Anahuac o Tawantinsuyu —como era nombrada la tierra americana por algunos pueblos nativos antes del atraco de las carabelas enviadas por su majestad Isabel la Católica—, Restrepo Morillo decide emprender una menesterosa labor consistente en cosechar papas (asunto que solo entendería el mismo artista plenamente unos años después cuando decide enfrentar el problema del arte con el del postulado benedictino: *ora et labora*). El año 1992 es cuando comenzó este filón productivo que hasta ahora rinde sus frutos.

Para una exposición colectiva llevada a cabo en la Galería de la Oficina de Medellín, que pretendía mostrar asuntos relativos a los 500 años del descubrimiento, Ernesto decidió hacer un homenaje a la papa, en una muestra del efecto *bumerang* de la contra-conquista que logró el tubérculo en el viejo continente, una vez regresó a bordo de los navíos como una especie exótica que se creía tenía poderes místicos como los atribuidos a la mandrágora. La papa, como bien lo señala el artista, entraña un fascinante intrínquilis de sentido; se debe comenzar por su resiliencia productiva para seguir con su amplia variedad y luego revisar sus virtudes agrícolas que la presentan como una especie sumamente resistente. Por otro lado, tenemos la forma como se infiltró en la vida social europea, al punto de salvar de hambrunas a pueblos enteros. Ha sido el complemento esencial en la cocina mundial; reemplazó el centeno y el trigo en la producción del vodka. “Fue el símbolo de quienes vivían donde se inventó el whisky, reestructuró la economía alimentaria y la economía en general del continente de Colón. Así que decidí hacerle un homenaje a ‘esa gran americana’”, afirma El Papas.

Como si se tratara de un busto a Hernán Cortez, Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro o Álvar Núñez –Cabeza de Vaca– la papa fue llevada por el artista al bronce a través del delicado proceso de la cera perdida. Seis pilas compuestas por cuatro papas vaciadas en el metal de los monumentos, patinadas de una forma que el trampantojo logró su efecto, estuvieron dispuestas como aparecen en los mercados populares. Tres de base y una coronando cada arreglo mercantil componían el monumental reconocimiento a la nobleza del pueblo cifrada en la papa: “la que tuvo la misma historia del hombre americano: esa chiquita, fea, sucia, enterrada –y enterrada–, humilde”, señala Restrepo. Algo interesante de ese primer momento es que veinticuatro papas compradas en un mercado fueron los

modelos de las “piezas artísticas”: cada una era singular, distinta.

Después de unos cuatro años comenzó la producción anualizada. El artista se convierte por momentos en agricultor para amasar arcillas y limos y así dar forma a papas de barro, las mismas que el fuego convierte en objetos cerámicos: papas de tierra, una metáfora tan inteligente como bella, que alcanza a conmover con sus logros gramaticales. Levantar las papas resulta extraño: su peso no se corresponde con su materialidad como tubérculo y nunca se malogran, jamás alcanzan ese hedor, quizá el más fétido producido por un vegetal en descomposición. Características por tener en cuenta en una larga lista de las que tornan a este tubérculo como significativamente humano.

Una cosecha anual es una constante en el trabajo de este hombre que ha decidido ganarse la vida cambalachando papas de tierra, objetos cerámicos que logran engañar eficazmente a quien los ve. Ernesto, hablando del devenir de su trabajo dice que “luego de que las papas salían del museo o de la galería se convertían en moneda –mi moneda–, objetos de trueque, de intercambio, regalo o venta libre. Siempre han estado a cien mil...”.

La papa, también conocida como “el pan de la tierra” es una constante de valor, porta en su canasta simbólica el poder andino, la astucia indígena y la condición misma de la noción de “trabajo” que identifica a los americanos. Este fruto subterráneo que crece en intrincadas formaciones rizomáticas, encontrando espacios fértiles para hacer crecer sus bulbos, ha sido moneda de cambio, indicador de esfuerzo humano en la construcción de la economía que sirve, a su vez, de regulador de mercados sociales y culturales. En este panorama se alimenta Ernesto Restrepo, procurando un diálogo constante entre el ejercicio del arte y la construcción social de valor.



Ernesto Restrepo Morillo. *Contrabando (2)*. Cosecha 24 del Proyecto Cosecha de Papas. Cien papas y diez marranitos de alcancía de cerámica, pinturas y pátinas de tierra y canasta de plástico. Dimensiones variables tomadas del natural, 2015. Colección Mauricio Gómez Jaramillo. Fotografía: Francy Jiménez Ortegata

Mercar, ir por el ajuste para el almuerzo a plazas populares de distintas localidades, han dado lugar a otra de las series desarrolladas por Restrepo, incluida en esta versión de la *Agenda*. “Bolsa de valor” nace de una colección de chuspas plásticas ordinarias que Ernesto ha colectado a través de los años. El artista no deja de serlo en ningún instante. Cualquier camino es el mismo que lleva la reflexión del quehacer del arte. Las bolsas de diversos colores, de plástico débil, gracias al mínimo calibre de su espesor, son limpiadas y desbaratadas cuidadosamente para luego lograr composiciones magníficas sobre bastidores que, en vez de pigmento, reciben pega y luego capas de plástico, para terminar siendo obras que recuerdan los absolutos en la pintura de la primera mitad del siglo pasado. Composiciones suprematistas, abstractas, monocromas, de ritmos inquietantes han acompañado a las

papas en su última etapa productiva. Bolsas que cargaron alimentos para el artista vuelven a salir de su espacio como obras de arte para dar continuidad a una cadena productiva donde la economía del artista no es precisamente la más boyante, aunque, a diferencia de los demás mortales, es quizá el único ser que puede producir inflación económica sentado escribiendo, dibujando, pintando o simplemente pensando.

¡Qué buena papa resulta ser El Papas! Gracias Ernesto por recordar lo que Joseph Beuys dijo alguna vez, precisamente pelando papas en una cocina, a una periodista: “Cada hombre es un artista”, y añadido para terminar, que “no solo de pan vive el hombre...”.

Oscar Roldán-Alzate
Jefe Departamento Extensión Cultural